El hombre nació libre y en todas partes se le encuentra encadenado. Hay quien se cree el amo de los demás, cuando en verdad no deja de ser tan esclavo como ellos. ¿Cómo ha podido acontecer tal cambio? Lo ignoro. ¿Qué puede legitimarlo? Voy a intentar de resolver esta cuestión.

Si no considerara más que la fuerza y el efecto que de ella se deriva, diría: mientras un pueblo se ve obligado a obedecer y obedece, hace bien; pero tan pronto como puede sacudirse el yugo y se lo sacude, hace todavía mejor; pues recobrando su libertad con el mismo derecho que se le arrebatara, o está justificado recobrarla, o no lo estaba habiéndosela quitado. Pero el orden social es un derecho sacrosanto que sirve de base a todos los demás. Este derecho no proviene, sin embargo de la naturaleza; se funda en convenciones. La cuestión es saber qué convenciones son éstas. Pero antes de entrar en ello tengo que demostrar lo que acabo de exponer.

De las primeras sociedades

La más antigua de todas las sociedades y la única natural es la familia. Así y todo, los hijos no permanecen vinculados al padre más que el tiempo en que precisan de él para subsistir. (...) Si luego continúan unidos, no es ya natural y la familia misma se mantiene sólo por convención. (...)

La familia es pues, si se quiere, el primer modelo de las sociedades políticas; el jefe es la imagen del padre, el pueblo, la de los hijos y habiendo nacido todos iguales y libres, no enajenan su libertad si no es en aras de su propio provecho. Toda diferencia radica en que, en la familia, el amor del padre por los hijos le retribuye por los cuidados que les prodiga, y, en el Estado, el placer del mando suple ese amor que el jefe no siente por sus súbditos.

Del derecho del más fuerte

El más fuerte no lo es nunca bastante para ser siempre el amo si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber. De aquí el derecho del más fuerte: derecho tomado irónicamente en apariencia y realmente establecido en principio. (...) La fuerza es un poder físico; no veo qué moralidad puede resultar de sus efectos. Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; es, a lo sumo, un acto de prudencia. ¿En qué sentido podrá ser un deber?

(...)

Convengamos, pues, que la fuerza no constituye derecho, y que no se está obligado a obedecer más que a los poderes legítimos.

Del pacto social

Supongo a los hombres llegados a un punto en que los obstáculos que se oponen a su conservación en el estado de naturaleza superan con su resistencia a las fuerzas que cada individuo puede emplear para mantenerse en dicho estado. Tal estado

primitivo no puede entonces subsistir, y el género humano perecería si no cambiase de forma de vida.

Ahora bien, como los hombres no pueden engendrar nuevas fuerzas, sino sólo allegar y dirigir las que ya existen, no tienen otro medio para conservarse que formar por agregación una suma de fuerzas capaz de sobrepasar la resistencia, ponerlas en juego mediante un móvil único y hacerlas obrar concertadamente.

(...) Esta dificultad puede enunciarse en los términos siguientes:

“Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y en virtud de la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca empero más que a sí mismo y quede tan libre como antes”. Tal es el problema fundamental al que da solución el contrato social.

(...)

Bien entendidas, estas cláusulas (del contrato social) redúcense todas a una sola, a saber: la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad. Porque, en primer lugar, dándose cada cual por entero, la condición es igual para todos, nadie tiene interés en hacerla onerosa para los demás.

(...)

En suma, dándose cada cual a todos, no se da a nadie, y como no hay un acuerdo sobre el que no se adquiera el mismo derecho que se le otorga sobre uno mismo se gana el equivalente de todo lo que se pierde y más fuerza para conservar lo que se tiene.

Así pues, si eliminamos del pacto social lo que no le es esencial, nos lo encontramos reducido a los términos siguientes: Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general y nosotros recibimos corporativamente a cada miembro como parte indivisible del todo.

Este acto de asociación produce inmediatamente, en lugar de la persona particular de cada contratante, un cuerpo moral y colectivo compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, el cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su voluntad y su vida. Esta persona pública que así se constituye con la unión de todas las demás tomaba en otro tiempo el nombre de “Ciudad”, y ahora toma el de “República”, que es llamada por sus miembros “Estado”, cuando es pasivo, “Soberano” cuando es activo y “Poder” cuando se le compara con sus semejantes. Respecto a los asociados, toman colectivamente el nombre de “Pueblo” y particularmente se llaman “Ciudadanos” en cuanto partícipes de la autoridad suprema, y “súbditos” en cuanto sometidos a las leyes del Estado. Pero estos términos a veces se confunden y se toman unos por otros; basta con saberlos distinguir cuando se los emplea en su verdadera acepción.

Primeros capítulos de “El contrato social”. J-J. Rousseau